

RECUERDOS

Miguel Hernández, combatiente del ejército popular

por Santiago Alvarez

Casi me impone escribir sobre Miguel Hernández cuando ya tanto se ha hablado sobre él. Aunque, a decir verdad, lo escrito hasta ahora no creo que llegue aún a dar una imagen auténtica y completa de la obra de Miguel como poeta, sobre todo, ni de la excepcional personalidad de nuestro inolvidable y entrañable camarada.

Ese estudio quizá llegue a realizarse cuando en una España como la que él quería y por la cual luchó y murió Miguel Hernández puedan reunirse todos los elementos necesarios para aquél; puedan, tal vez, recopilarse los recuerdos que del hombre, del poeta, del combatiente y preso político comunista conservan muchos de los que le han conocido y tratado y que pueden ser coincidentes o distintos de aquellos a que podemos referirnos los que hemos formado parte del Ejército Popular republicano.

Sin periódicos de la época, sin tener a mano algunos documentos o fotografías que puedan servir de estímulo al recuerdo, me resulta difícil hoy precisar el día, la fecha exacta, en que personalmente conocí a Miguel Hernández. En los primeros meses de guerra los acontecimientos se sucedían con tanta rapidez, el significado de la lucha era tan trascendental, que lo que de entonces queda, en la retina, es, sobre todo, lo que fue esencial: el deseo de luchar y de derrotar a los sublevados y todo lo que expresaba ese deseo o representaba un estímulo para la conquista de ese objetivo. De eso esencial formó parte, sin duda, la figura de Miguel Hernández, pero de modo excepcional su profunda, hermosa y emocional poesía: una de las expresiones más auténticas de la voluntad de combate de nuestro pueblo y un movillizador extraordinario de esa voluntad.

Por eso, aunque el encuentro personal y directo con el poeta se haya producido paralelamente al conocimiento de su poesía movilizadora, fue, sobre todo, ésta la que entonces prevaleció y la que aún

Intenta sobreponerse en el recuerdo cuando uno se remonta a aquellos tiempos que ya comienzan a ser lejanos.

Pude conocer a Miguel Hernandez en el 5º Regimiento, en el que también ingresó en los primeros meses de la guerra; cuando el enemigo avanzaba desde Talavera hacia Toledo y Madrid, frente por el que él anduvo, cavó trincheras y en el cual, con otras unidades, combatió el Batallón de Milicias Gallegas; pude conocerlo en el Altavoz del Frente o en la Alianza de Intelectuales. Lo más probable, sin embargo, es que ese conocimiento directo haya tenido lugar en el mítin que, con motivo del ingreso del Batallón de las Milicias Gallegas en el 5º Regimiento, se celebró en Juan Montalvo 28 (Cuatro Caminos), al regresar del frente de Toledo, a mediados de septiembre de 1936. Acto al que asistieron Carlos Contreras (V. Vidali) con los camaradas del comisariado político y de la sección social del 5º Regimiento que dirigía Benigno Rodríguez, y en el que, además de discursos políticos, hubo un hermoso recital de poemas.

Mas no importa el momento del primer encuentro personal, pues desde finales de 1936 y comienzos de 1937, al ser comisario político de la 1ª Brigada y sucesivamente de la II División y más tarde del 5º Cuerpo de Ejército, unidades que mandaba como jefe militar el camarada Enrique Lister, los momentos de convivencia con Miguel Hernández fueron numerosos.

Ello se explica por diversas razones: la primera, porque a Miguel le gustaba mucho ir a los frentes donde tenían lugar los combates más decisivos, y, como es sabido, a las unidades militares que he citado le ha cabido el honor de haber participado en las más importantes batallas de la guerra civil. La segunda, porque todos nosotros acogíamos la presencia de Miguel con gran alegría.

Había un motivo más, aunque fuese secundario. Al disolverse el 5º Regimiento y, en general, las unidades de milicias, y crearse el Ejército Popular, Miguel fue soldado de la 11 División y del V Cuerpo de Ejército.

Ello no quiere decir que Miguel estuviese siempre con nosotros. Pues aunque fuera considerado, a justo título, como un componente de lo que hemos llamado con cierta amigable ironía «El Batallón del Talento», inestimable auxiliar del trabajo político-militar en nuestro Ejército, Miguel Hernández no estaba sujeto ni siquiera a la disciplina que reinaba en dicho «Batallón», que más que benigna y liberal, por ser consciente, estaba basada en una fraternal camaradería.

Miguel podía viajar, ir a donde lo creyese oportuno, a donde su aportación a la lucha o las condiciones para inspirar su obra fuesen o las creyese más convenientes. Así estuvo Miguel en el frente de Andalucía y Extremadura, en donde nunca estuvieron nuestras unidades. Trabajó en uno y otro lugar, como Altavoz del Frente. Participó en el Congreso de Escritores de Valencia, en el que se reunieron los escritores y poetas más destacados de todo el mundo. Hizo un viaje a la Unión Soviética. Visitó, siempre que quiso, su tierra, a su novia Jose-

fina, después esposa, a la que tanto amaba, y al lado de la cual fue después a llorar la muerte de su primer hijo, al que quería con locura.

Pero Miguel deseaba, como ya hemos dicho, estar en el frente. Y si no recuerdo mal, estuvo con nosotros en uno u otro momento, en todas o casi todas las batallas más importantes de la guerra, hasta que se produjo el corte del territorio leal republicano en dos y nosotros quedamos en Cataluña y Miguel en la zona centro-sur.

Mas lo que con más fuerza me viene hoy a la memoria es su figura en las batallas de Guadalajara y de Teruel.

Miguel estuvo en el frente de Guadalajara en los días inolvidables de mayo de 1937 en que nuestras tropas derrotaron a los italianos que mandó Mussolini para ayudar a Franco. Una noche, en Torija, después de cenar, estando aún alrededor de una mesa enorme, de figura oval, los que constituíamos el mando, el comisariado político y el Estado Mayor de la 11 División, transformado en esa batalla en Estado Mayor de la división o agrupación táctica «Líster» (1), como era frecuente en nuestro cuartel general, cuando la lucha lo permitía, hubo un recital de poemas. Herrera Petere recitó: «Jaén de la Verde Oliva», y Miguel una de sus más grandes poesías de la guerra, compuesta en aquellos momentos, la que se titula «Ceniciento Mussolini», y cuyos primeros versos rezan como sigue:

«Ven a Guadalajara, dictador de cadenas,
carcelaría mandíbula de canto:
verás la retirada miedosa de tus hienas,
verás el apogeo del espanto.

Numerosa provincia de colmenas,
la patria del panal estremecido,
la dulce Alcarria, amarga como el llanto,
amarga te ha sabido.

Ven y verás, mortífero bandido,
ruedas de tus cañones,
banderas de tu ejército, carne de tus soldados,
huesos de tus legiones,
trajes y corazones destrozados.

Una extensión de muertos humeantes:
muertos que humean ante la colina,
muertos bajo la nieve,
muertos sobre los páramos gigantes.
muertos junto a la encina,
muertos dentro del agua que les llueve.

(1) A ella pertenecían la 9ª Brigada de la 11 División, la 10ª, y la 70ª, Brigadas de la 14 División, que mandaba el anarquista Mera, la 11 y 12 Brigadas Internacionales, integradas por los antifascistas alemanes y los garibaldinos italianos, y dos Batallones de la 48 Brigada.

Sangre que no se mueve
de convertida en hielo.
Vuela sin pluma un alma numerosa,
roja y audaz, que abarca todo el cielo
y abre a cada italiano la explosión de una fosa...

Nos causó una profunda impresión y le felicitamos con gran cariño. Nos pareció que esa poesía no sólo era la descripción más fiel y lapidaria que podía hacerse de la batalla de Guadalajara y del heroísmo derrochado en ella por nuestros soldados, sino que anticipaba ya la muerte del dictador italiano:

«Dictador de patibulos, morirás bajo el diente de tu pueblo y de miles».

Al día siguiente, en un escenario levantado en la plaza de Torija para la actuación del Teatro Estudiantil «La Barraca», que llegó de Madrid a representar obras para los combatientes, junto con varias delegaciones de las fábricas madrileñas, Miguel recitó el poema mencionado ante miles de soldados y oficiales y la representación de los obreros. La emoción que causó fue enorme, profunda. El poeta fue vitoreado con entusiasmo.

Durante la batalla de Guadalajara, más aún que en otros grandes combates, surgieron entre los combatientes centenares de poetas anónimos que cantaban la lucha, el heroísmo, la justeza de nuestra causa.

La presencia directa de los invasores italianos y la explicación política de su significación eran un estímulo al patriotismo y al ardor combativo de nuestros soldados. Y éstos lo expresaban, no sólo batien-dose, sino en prosa y sobre todo, en versos. Muchas de esas poesías han sido recogidas y publicadas en los periódicos que editábamos en nuestras unidades militares. Mas, naturalmente, Miguel Hernández su-po, como nadie, expresar en su poema el profundo significado de la batalla que se acababa de librar. Lo que los combatientes sentían y pensaban; lo que todos sentíamos y pensábamos.

¡Cuán grande no es la importancia de la poesía para estimular y desarrollar la lucha del pueblo y cantar su espíritu de sacrificio, su heroísmo!...

¿Cómo era Miguel Hernández?

Por su aire, por su manera de vestir, por su sencillez y naturalidad, Miguel seguía siendo, durante la guerra, el pastor, el campesino de Orihuela. Tal vez cabe decir que era un pastor al que la «civilización urbana» no le incitaba a cambiar de atuendo ni de comportamiento, aunque a esto contribuyese también la guerra misma. Vestido, como casi todo el mundo, con mono azul de miliciano en los primeros tiempos; con pantalón y una cazadora raras veces en la Guerra, posteriormente, lo más característico de la indumentaria de Miguel eran sus levantinas alpargatas de esparto, de las que sólo prescindió excepcionalmente.

De estatura regular y más bien delgado, Miguel tenía la cabeza un tanto esferoide, una boca rasgada y unos ojos grandes y brillantes que pujaban por salirse de sus órbitas, llevaba la barba afeltada y la cabeza siempre al rape. Cuando recitaba, todo su cuerpo se ponía en tensión. Para dar más fuerza a sus palabras accionaba enérgicamente, sobre todo con el brazo derecho.

Miguel, al que le era característica cierta timidez y el ser generalmente parco en palabras, con los «camuflados», los que rehúsan el frente o las penalidades y sacrificios que la lucha comportaba, solía usar el sarcasmo. El amor por el pueblo y por su causa le brotaban no sólo por sus grandes y luminosos ojos cuando recitaba, cuando hablaba, sino por los cuatro costados. Miguel estaba dotado de un espíritu muy profundo y poseía gran capacidad receptiva y de reflexión. Nunca daba señales de afectación alguna.

Neruda ha dicho que la cabeza de Miguel recordaba la patata recién sacada de la tierra. Como figura plástica, esa expresión tiene mucho de exacta, pero a mí, confieso que no me gusta. Una patata que se extrae de la tierra, si no se come, se arruga con el tiempo, se seca y se pudre. En todo caso, es una visión externa, superficial. Y Miguel era otra cosa.

Para los que convivimos con él en los frentes, en las trincheras, le vimos compartir la vida de los soldados; no comer caliente durante días, o no comer apenas; tiritar de frío y erguirse a la vez para recitar sus poemas que llamaban a la lucha, a la resistencia, la voz de Miguel era la más profunda expresión de nuestro pueblo, que hizo prodigios de heroísmo para conjurar la victoria fascista. Era la voz de nuestros campesinos, que frente a la más negra reacción político-social pugnaban por afirmar con la palabra, con la acción y con el fusil, que se vieron obligados a empuñar, su derecho a la libertad y a la tierra por la que aún siguen luchando.

Al recitar sus poemas, Miguel no poseía la figura majestuosa del inigualable Rafael Alberti, su palabra no tenía la sonoridad de nuestro poeta gaditano; ni la sencilla y serena expresión de Herrera Petere; tampoco poseía el emocionado y acerado estilo del malogrado Pedro Garfias; no se expresaba con la musicalidad que aún posee hoy Juan Rejano.

Miguel era Miguel y único. Su voz bronca parecía salir de las entrañas de la tierra. De la raíz del árbol sediento que, como escribí, sentía llevaba incorporado en sí. La figura del poeta, su accionar, su atuendo, el contenido y la forma de su poesía, su sonido, parecían un todo que se confundía con las masas, con los combatientes. Era la expresión de éstos, de nosotros todos.

No recuerdo bien si fue en el acto que en su honor se hizo en el Ateneo de Valencia, organizado por la sección valenciana de la Alianza de Intelectuales, en el otoño de 1937, donde se proclamó a Miguel el primer poeta de la guerra justa que libraba nuestro pueblo. Pero, desde luego, Miguel lo era. Era el poeta de la guerra popular por excelencia.

Los soldados recitaban con mucha frecuencia sus poesías. Algunas de éstas, como las que comienzan: «Vientos del pueblo me llevan, vientos del pueblo me arrastran»; «He poblado tu vientre de amor y sementera»; la ya citada «Ven a Guadalajara, dictador de cadenas» y otras, eran conocidas de memoria por cientos de miles de combatientes. Estos escenificaban, además, en el frente, las cortas obritas de teatro escritas para ello a propósito por Miguel. Los soldados, los oficiales, los comisarios políticos querían a Miguel como a uno de los suyos.

La verdad es que tener en el frente la compañía o recibir la visita de camaradas y amigos, poetas, escritores, y, en general, figuras de nuestra intelectualidad, fieles al pueblo, que luchaban a su lado, que corrían sus mismas vicisitudes, como Rafael Alberti, María Teresa León, León Felipe, Pedro Garfias, (además de los que casi permanentemente estaban con nosotros) nos producía una gran satisfacción y nos servía de estímulo. En este sentido cabe decir que ninguno de nuestros grandes poetas, escritores o periodistas extrañó entre nosotros, entre nuestros soldados. Pero Miguel parecía uno más de estos, cuyo valor y aportación a la lucha, sin embargo, se multiplicaba por mil.

Respecto a la manera de ser y al temple espartano de Miguel, se podría escribir mucho. No me resisto a relatar, a este respecto, un episodio del que conservo una imborrable impresión. Sucedió al día siguiente de comenzar la batalla de Teruel, es decir, el 16 de diciembre de 1937. Las fuerzas de la 11 División, después de conquistar los objetivos que se le habían señalado (corte de las comunicaciones de carretera y ferrocarril de la ciudad de Zaragoza y reducción de los fortines enemigos de Concuz y San Blas) ocupaba un extenso frente, se disponía a fortificarse y a resistir al ataque del enemigo procedente del Valle en el que está situado Caudet. Nuestro puesto de mando avanzado era una trinchera cavada entre la cresta militar y geográfica del cerro Muletón, en el Alto de las Celadas, muy cerca de primera línea. A veces, la espesa nieve que caía atenuaba un tanto el frío. Pero la temperatura descendía hasta 20-22 grados bajo cero, y en aquella colina cortaba como un cuchillo el viento helado.

Miguel estaba con nosotros. Se había negado a quedarse en un segundo escalón del puesto de mando, un poco más retrasado, donde estaban las oficinas y algunas tiendas de campaña. Vestía un pantalón y cazadora de color grisáceo y un capote corriente de soldado. Calzaba, sin calcetines, sus tradicionales alpargatas de esparto. No tenía gorro y, como siempre, llevaba la cabeza al rape. A pesar de las difíciles condiciones en que nos encontrábamos de ropa y calzado, hicimos esfuerzos para dotar a Miguel de un equipo más fuerte y, sobre todo, de un par de botas. Empero, Miguel se resistió a ello.

La victoria inicial de la 11 División sobre el enemigo había elevado aún más la alta moral de nuestras tropas. Pero cuando cientos de soldados calzaban alpargatas y no tenían equipo de invierno, el frío terrible que hacía y los combates que nos esperaban, nos indicaban la necesidad de estar lo más cerca posible de primera línea, lo que, por

lo demás, era habitual en nosotros, y prestar el mayor aliento a los mandos subalternos y a los soldados.

De acuerdo con Lister, decidí ir a recorrer nuestras líneas hasta su extremo izquierdo, que se hallaba a unos 12 kilómetros, rebasando el pueblecito de San Blas. Miguel dijo que quería acompañarme. Insistimos con él, tanto Lister como yo, en que en las condiciones en que estaba se podía morir de frío durante el recorrido y más yendo a caballo. Miguel insistió en acompañarme y se negó de nuevo a aceptar unas botas. No debíamos obligarle por disciplina. Lo queríamos mucho; teníamos con él confianza, pero respetábamos también mucho su forma de ser, su personalidad.

Iniciamos la marcha. Nevaba tan fuertemente que la nieve se amontonaba a cada momento encima de sus pies y de los estribos y él se veía obligado a sacudirla a cada instante. No profería la menor queja. Pero, en un momento dado, le vi que empezó a tiritar y aumentó mi preocupación. Aproveche la ocasión para hacerle un carfioso reproche. No me respondió. Comprendí, sin embargo, que reconocía la necesidad de aceptar otro calzado. Los soldados y oficiales que nos encontramos al pasar se interesaban por él e incluso algunos le ofrecían sus propios zapatos.

Apuramos los caballos para alcanzar el puesto de mando de la 9ª Brigada antes de que fuese de noche. Cuando llegamos, Miguel, entumecido, apenas podía desmontarse.

En la casucha donde estaba el Estado Mayor de la Brigada había una gran fogata. Allí hicimos calentarse a Miguel, beber unos tragos de coñac, «saltar parapetos», y calzar unas botas. Fue la primera vez que le vi acceder, al fin, a desprenderse de sus espartañas.

La actitud de Miguel, en este caso, no obedecía solamente a su hábito, a su apego a la tradicional forma de calzarse, a su alma campesina, a su origen, a su profunda raíz popular; obedecía también a saber que muchos soldados estaban mal equipados y hasta semidescalzos y, en esas condiciones, él no quería privilegio de ninguna clase. Así era su integridad moral.

Sí, Miguel Hernández formó parte del Ejército republicano que escribió las gestas de Madrid y del Jarama; de Guadalejara, de Brunete, Teruel y el Ebro, y que sólo sucumbió ante la superioridad en armas del fascismo. El inolvidable poeta participó en casi todas esas batallas y fue realmente un excepcional combatiente de ese Ejército Popular, en cuyo honor entonan ya hoy himnos las gargantas juveniles de las nuevas generaciones de estudiantes, al batirse en la Ciudad Universitaria de Madrid por la libertad y la democracia; por lo mismo que Miguel luchó, vivió y murió.

Pero la lucha de Miguel, como la de todos nosotros, no finalizó con la guerra. Su período más duro fue después. Sin embargo, los años heroicos y dramáticos de la guerra civil fueron para él, como pa-

ra tantos otros, decisivos. La lucha del pueblo por la democracia y la libertad y la conducta política de nuestro Partido que le atrajo decisivamente y le hizo ser comunista hasta su muerte, templó a Miguel para sufrir con honor las tremendas pruebas por que tuvo que atravesar. Y la opinión que de él teníamos los que le conocimos y le tratamos tan de cerca, durante la contienda, ha sido corroborada por su proceder intachable, ejemplar, en la odisea por que tuvo que atravesar en las cárceles franquistas hasta su muerte, en la de Alicante, el 28 de marzo de 1942.

Su conducta en las distintas prisiones podríamos decir que está en la naturaleza misma de las cosas. No en la naturaleza física, sino en la político-social. En la gran savia popular y en el rico arsenal ideológico y político marxista-revolucionario que Miguel fue capaz de acumular en los años del 36 al 39 y que se esforzó por enriquecer hasta el momento mismo en que dejó de existir. Esa conducta es la prueba más decisiva de su gran firmeza comunista.

Y cuando los jóvenes estudiantes o intelectuales de hoy, en la Universidad de Madrid y en otros centros docentes o literarios, rinden homenaje a Miguel Hernández, se lo rinden, es cierto, a uno de nuestros más grandes poetas contemporáneos, pero creo que también a la historia de lucha de Miguel, a su integridad política y moral que, como su obra, perdurará por generaciones.

Noviembre de 1967